

INGENIEROS Y YO

Ángel Rodríguez Kauth

*Cuando baje la inspiración,
que me pille trabajando.*

Pablo Picasso

El propósito del presente escrito es, de algún modo, cerrar todo lo que —mucho o poco, con aciertos y desaciertos— he escrito sobre José Ingenieros en los últimos años. En otro lugar expresé que había dos razones para que me dedicara a trabajar sobre él. Voy a empezar —como corresponde y es de buen gusto— por la primera, que es eminentemente egoísta: tengo la necesidad interior de rendir a casi ochenta años de su muerte un homenaje a quien me enseñara hace más de cuarenta años a pensar fuera de los moldes canónicos vigentes para la década de los '50 en las familias de tipo medio argentinas; sin por eso pretender con el uso de su pensamiento —de una total libertad y tolerancia para con el pensamiento ajeno— imponer una forma ideológica particular que viniese del molde que él concebía. Muchos de los que hemos pasado el medio siglo de vida también fuimos objeto de la seducción intelectual de Ingenieros. Hoy sorprende encontrar a gente desconocida que se asombra y solaza de que haya dedicado tiempo a escribir sobre él. Ellos también fueron tocados por su verbo cautivante. Quizás la diferencia con otras generaciones anteriores se encuentre en que la nuestra fue también cautivada y seducida posteriormente por los placeres de la sensualidad dionisiaca y de los bienes materiales con que arribamos al Primer Mundo del consumo conspicuo y stupidizante, aunque permanezcamos en el último de los mundos de la moral, campeones mundiales de la corrupción y de la coima. Es probable que la prédica verborrágica de Ingenieros fuera menos atrayente desde una perspectiva pragmática —u oportunista, como gusta distinguirla el filósofo Ferrater Mora— que la propuesta del imperiocapitalismo.

No es casual que se elija escribir sobre alguien o sobre algo. Toda mi vida he escrito sobre lo que me interesaba y, para el caso, valga una anécdota. Ricardo Alvarez¹, propietario de Editorial Almagesto, me contó que preparaba una colección de Perfiles y me propuso varios nombres sobre los que podía interesarme trabajar para desarrollar alguno de ellos. Ninguno de aquellos nombres me convenció demasiado, por la sencilla razón de que si bien puedo conocerlos con mayor o menor profundidad, con ninguno de ellos llegué a establecer un lazo de simpatía personal, una relación empática. A los pocos



José Ingenieros

días¹ resolví que sólo podía trabajar con apasionamiento el nombre y la obra de Don Pepe, y así, sin más vueltas, se lo dije en su oficina. Ricardo se sorprendió bastante, debido a que él también se olvidó de incluirlo en su largo listado de posibles personajes que constituirían su colección. En el instante en que se produjo dicha propuesta no pudimos menos que tener un momento de contagio empático mutuo, ya que él no podía dejar de reconocer, en Ingenieros, una figura que lo había marcado profundamente en su momento: el de la juventud. Incluso, al tiempo que escribo estas líneas, no puedo dejar de recordar que en una biografía intelectual que me hiciera Editorial Anthropos, de Barcelona, fui el único psicólogo social latinoamericano que reconoció la presencia influyente de muertos sobre su pensamiento y actividad intelectual. Todos recordaron las influencias de maestros con los que trabajaron personalmente o de cerca, pero yo no puedo olvidar que aquellos a los que no conocí vivos también ejercieron una influencia decisiva sobre mi vida, no sólo en lo específicamente profesional, sino sobre mi vida unitaria, en mi vida total, tomada como un todo único e inviolable y que es mío y solamente mío; y ahí apareció —nuevamente— el nombre de quien, desde que lo leí por primera vez, entendí que podía considerarlo como un Paladín de Juventudes:

¹ Vaya la oportunidad para reconocerle no solamente su amistad, sino también su generosidad en metálico al arriesgarse a publicar libros míos.

² En realidad fue durante el sueño, mientras viajaba en ómnibus a Buenos Aires para entrevistarme con Ricardo.

Sin renunciar a los principios socialistas y siendo quizás el mayor propalador y divulgador de los mismos, Ingenieros pudo pensar la realidad que lo circundaba sin ataduras ni anteojeras mentales.

José Ingenieros. Sin haber estado juntos, por razones de distancia temporal, él tuvo una fuerte y decisiva influencia sobre mi desarrollo intelectual, afectivo y social desde mi muy temprana juventud y que llega hasta la fecha.

Pero a todo lo dicho debo agregar lo pasional que me despertó en su momento esta figura. A través de las primeras lecturas que hiciera en la humilde biblioteca de mi padre, tuve oportunidad de solazarme con la lectura de *El Hombre Mediocre*, personaje al cual mis ojos de adolescente no podían dejar de ver a cada paso que daba en la calle, en la escuela, en la familia, en la cancha donde jugaba a diario los inolvidables “picados” de fútbol —que hoy me están vedados por razones de salud³—, en fin, por todos los lugares en los que transitaba y transcurría mi vida en la porteña Buenos Aires. También tuve oportunidad de acceder a la lectura de *Hacia una Moral sin Dogmas* y a la de *Las Fuerzas Morales*. De estos dos últimos libros estimo que el que mayor influencia tuvo sobre el resto de mi vida fue el primero. Vaya aquí una brevísima autobiografía que explicará las razones de lo que vengo de afirmar.

Yo era un jovencito que atravesaba la crisis puberal con mucha angustia y cargado de temores. Si bien es cierto no recibí una formación católica estricta⁴, sin embargo lo religioso se había metido muy adentro mío. Las culpas, el pecado, el infierno, los malos pensamientos, la masturbación o las poluciones nocturnas, etcétera, eran cosas que me aterraban, si se quiere —para despuntar el vicio psicologista— me angustiaban. Entendía por entonces que sólo se podía vivir —en el sentido pleno que se le daba— bajo la advocación y protección de lo divino, a la par que siguiendo al pie de la letra los escritos en el dogma eclesial. No podía concebir ser fruto del pecado, ya que de adolescente descubrí que mis padres no estaban casados ante Dios, es decir, estaban ubicados por esas cosas del amor al margen de la moral dogmática de la Iglesia amenazadora que yo vivía intensamente y que me atormentaba de la misma forma. Circulaban frente a mí las fantasías más aberrantes que pueda tener un joven que pretende ser un buen católico. Debo confesar que si la adolescencia no es un período cómodo ni divertido para nadie⁵, para mí fue mucho menos cómodo, divertido o agradable.

Hasta que al fin llegó a mis manos la obra de Ingenieros, el cual fue, polisémicamente hablando, un ingeniero⁶ que me permitió avizorar que se podía construir un mundo diferente sobre cimientos más sólidos y sin necesidad de estar atado a principios dogmáticos que me torturaran y, lo que es peor, que limitaran mi posibilidad de pensar con la libertad suficiente como para ser soberano. Debo reconocer que —además— en todo esto tuvo mucho que ver la lectura en los años ‘50 de la novela de Giovanni Papini, *El Diablo*; como así también el acceso a la lectura de novelistas católicos como los siempre bien recordados en mi memoria Graham Greene y A. J. Cronin. A todo lo que se sumó, años más tarde, la presencia de un profesor en la escuela secundaria de una perdida localidad del sur cordobés, más precisamente en General Levalle —el “Negro” Diéguez, también ardiente lector de Ingenieros— quien en ese momento me dio el puntapié necesario como para terminar de salvar las distancias que me faltaba recorrer y, debo decirlo, que aún no concluyeron. Creo, al igual que Ingenieros, que todavía me queda “mucho hilo en el carretel”, aunque objetivamente no sea así y más de uno que conoce mi estado de salud pueda tomar esta afirmación con sorna o le suene a una cruel ironía.

La lectura de los libros de Ingenieros me permitió romper con los lazos perversos que me tenían atado a lo que hasta entonces creía que era la moral, lo ético. Su lectura me facilitó una ruptura epistemológica que estaba buscando, pero que ni siquiera sabía que existía. Si se quiere, diciéndolo en lenguaje religioso —aunque parezca paradójico— Ingenieros fue la luz que me iluminó para atreverme a iniciar el acercamiento a una ética limpia de dogmas decimonónicos y sin cánones rígidos ni persecutorios. Aprendí que a la hierofanía oficial de la Iglesia se la podía enfrentar con grandes sacrificios, aunque con éxito en la empresa.

No voy a decir que he sido fiel, paso a paso, a las enseñanzas del Maestro. Si así lo hubiera hecho, pésimo aprendiz debiera considerarme. Por el contrario, en más de una oportunidad marché a contramano de sus enseñanzas. Y ahí es donde está lo interesante de este tipo de maestros arquetípicos. No obligan ni esperan a que se los siga a pies juntillas, al contrario, alientan a que cada uno de sus aprendices, de sus lectores, recorra el camino que mejor les viene en gana, pero teniendo siempre presente la fidelidad a los valores que se sustentan y, más aún, admitiendo que pueden cambiar en

³ Eufemismo cobarde que se utiliza para no decir que en realidad lo que me falta es, precisamente, salud.

⁴ Si algo debo agradecerles a mis padres es que me hayan enseñado a vivir bajo el signo de la tolerancia y, fundamentalmente, sin estrecheces dogmáticas. ¡Que no es poco!

⁵ Como bien lo expresan los manuales y las historias de vida que tienen el talento y la virtud de no idealizar ese período.

⁶ Quizás haya que pensarlo más bien como un constructor de arquetipos.

el trayecto. El único cambio inadmisible en esta ética tan particular y especial es el de los cambios oportunistas.

De Ingenieros aprendí —entre tantas otras cosas, que sería difícil enumerar acá— que la política es una ciencia y una pasión, pero a la cual hay que trabajarla con una distancia óptima. Los renunciamientos de Ingenieros a la participación directa en cargos políticos electivos me permitieron apreciar que, muy joven todavía, se podía tomar rápida distancia de la esclerosada y autoritaria Federación Juvenil Comunista. Mi breve paso por la misma estuvo signado por el autoritarismo y la verticalidad con que siempre se manejaron los satélites verticalistas del sanguinario Stalin. El Partido Comunista Argentino no fue una excepción en esto por los años '50. Y ahí me di cuenta del valor de saber desbrozar la paja del trigo. Podía continuar con el ideario trazado de justicia, pero nunca podría alcanzarlo mientras atravesara por un sistema rígido que, más que un continente a la pasión juvenil, era una máquina destructora de fuerzas e ideales. Los partidos políticos son como máquinas del ruido y del silencio. Quienes tienen la conducción son los que hacen el ruido, el cual tienen que oír y obedecer los otros, aquellos que están obligados por la famosa disciplina partidaria a transitar en medio del propio silencio.

Si Ingenieros fue un librepensador, fue gracias a que supo —en el tiempo y lugar exactos— tomar esa distancia óptima. Sin renunciar a los principios socialistas y siendo quizás el mayor propalador y divulgador de los mismos, pudo pensar la realidad que lo circundaba sin ataduras ni anteojeras mentales. Yo he tratado de hacer lo mismo, romper con las cadenas que imponen las estructuras partidocráticas para, con esa original forma de acercarme a la política, poder mantener los idearios sin necesidad de atarme a las “coyunturas”. En ese sentido resulta paradigmático, dentro de la historia política nacional, observar cómo el Partido Comunista, en principio de oposición frontal al peronismo, pasó a coquetear con el mismo y, en otros momentos, llegó a tratar de explicar y justificar al tristemente célebre Proceso de Reorganización Nacional.

En el párrafo anterior decía que quizás Ingenieros haya sido el mayor propalador de las ideas socialistas. Al respecto me atrevo a hacer una apuesta con los lectores. ¿Quién de aquellos jóvenes argentinos que alguna vez se acercaron a alguna forma de socialismo por propia voluntad, y no como mandato paterno, leyeron antes a Juan B. Justo que a Ingenieros? La respuesta a la que apuesto es “nadie”. Me he ocupado en otros escritos de cómo se accede al socialismo y no es lugar éste para hacer referencias bibliográficas. Simplemente diré que el acercamiento a la izquierda es necesariamente de carácter eminentemente emocional, afectivo, por aquella

Antes de aprender en la lectura del héroe cubano José Martí el valor que representaba y representa nuestra América, ya lo había reconocido yo en el pensamiento antiimperialista y latinoamericanista de José Ingenieros.

necesidad que teníamos —y creo que aún tienen— los jóvenes de ser una suerte de justicieros. No es que en la actualidad no exista esa necesidad, solamente se trata de que la misma ha sido ocultada por el consumismo y las modas *light*, no sólo en los alimentos o en la vestimenta, sino en lo que hace a alimentar a los sentimientos y al pensamiento. Por supuesto, yo también abrevé el socialismo de la fuente originaria, dulce y fortificante, que me ofreció el viejo e indiscutido dirigente socialista argentino y latinoamericano que fue Don Pepe Ingenieros. Antes de aprender en la lectura del héroe cubano José Martí el valor que representaba y representa nuestra América, ya lo había reconocido fácilmente en el pensamiento antiimperialista y latinoamericanista del Maestro. Haber releído en estos últimos años la obra de Ingenieros me llevó a recordar aquellas palabras de Bourdieu, cuando decía que un libro cambia por el solo hecho de que no cambia, mientras el mundo cambia a diario. Hace más de cuarenta años, la lectura del pensamiento libérrimo de Ingenieros me fascinó. Y hoy, pasada la primera mitad del siglo de vida, sus textos, sus artículos y sus conferencias me han vuelto a fascinar. Se volvió a instalar en mí la convicción de que todavía se puede, de que es posible hacer cosas para modificar paso a paso o de manera radical el actual orden —¿o desorden?— en las relaciones políticas de justicia y equidad no equilibrada entre los hombres y los Estados.

Lo que me he propuesto a lo largo de todos estos escritos es hacer una descripción de la imagen de una muy particular curva biográfico-intelectual que la historia me devuelve para producir sacudidas en mis pensamientos y emociones, y que me han venido desvelando desde hace muchísimos años. Para terminar, debido a que me siento bastante agobiado con el tenor de lo que vengo escribiendo, es preciso que recuerde que la mejor comida que tuvimos en épocas remotas los que por entonces éramos jóvenes inquietos, fue la lectura y las enseñanzas de Ingenieros. ¿Qué más puedo decir? Solamente agregar un humilde, sencillo y profundamente afectivo: GRACIAS MAESTRO. 📖

Ángel Rodríguez Kauth. Doctor en psicología argentino. Profesor Extraordinario de Psicología Social, Director del Proyecto de Investigación “Psicología Política” y coordinador de la Revista *Idea*, en la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de San Luis, Argentina. Es autor de numerosos trabajos científicos y libros, entre los cuales cabe destacar el libro en red electrónica titulado *La peluca de la calvicie moral*, en el que hace un análisis de la personalidad y la obra de José Ingenieros. Es miembro del Concepto Editorial de *Archipielago*.